

dece. Por ejemplo, un instrumento de tortura que además de imposible respirarse al compás de los estertores del supliciado. Las multitudes acudirían a contemplar el ingenioso artefacto que respira mientras mata. Productor del miedo en gran escala, jefe supremo de los amedrentadores, nada sería capaz de meterle miedo. Y ni la nostalgia misma. ¿Podría añorar este artefacto una patria que ha conocido?

Con los años este miedo ha ido subiendo igual que suben las aguas en una ciudad cuyo río sale de madre: lenta pero inexorablemente. En esos días de creciente, vemos a sus moradores medir y medir la altura de las aguas. Medio centímetro de subida provoca apasionados comentarios, despierta negras ideas en el ánimo. Yo también he pasado mi vida oponiendo un dique a mi miedo. Puse la primera piedra de este dique a los quince años. Una tarde me había sentado cómodamente bajo unos árboles; era un sitio apartado con todos los obligados encantos de la naturaleza. No pensaba en nada, o mejor dicho, como es propio de esta edad levantaba castillos en el aire. De pronto me quedó la mente en blanco, mis ojos se dilataron por el terror, pegué un brinco y eché a correr. A los pocos metros me vi obligado a detenerme: un miedo enorme me envolvió en sus anillos como una boa, un miedo que salía de mí mismo y saliendo se me enroscaba en el cuerpo. Sin embargo, no di voces, no requerí el auxilio de nadie. Sabía muy bien que no podrían librarme de mi miedo. Entonces me puse a darme de puñetazos hasta caer desmayado sobre la hierba.

He ahí la primera piedra de mi siniestro edificio. Desde ese día al de hoy no he hecho otra cosa que poner "sacos de arena" a la furia de esas aguas. Fué así que descubrí la panacea efímera de la cama. Sabía que metido en ella y al menos una hora en la noche (antes de caer en los abismos del sueño donde mi mal se complicaría) mi miedo me daría una tregua. Si, como he dicho, allí me convertía en uno de los perros de la trailla, entonces mi cama era mi perrera.

Hacia los veinte años hice el sensacional descubrimiento de la bañadera. Hasta entonces yo la había utilizado para masturbarme. Ese vicio solitario se hacía aún más solitario en la bañadera, como si el uno y la otra me declarasen que eran ellos quienes presidían el curso solitario de mi vida. Por lo demás, un placer pleno de culpa

por los demás actos de mi vida. Pues bien, un día no me masturbé. Me quedé quieto, hundido, pétreo y valeroso en mi bañadera. En el momento tuve la certeza de que Minerva alguna podría enviarme dos serpientes pues ya no representaba yo las supremas dudas de la especie.

Pero las mejores armas se embotan. Comprobé a los treinta años que volvía a ser vulnerable a pesar de la cama y de la bañadera. Seguí en el combate, fué por pura inercia y porque al menos en el "melée" algunos golpes podía yo asestar al adversario. Pero a los cuarenta —esa pálida edad del hombre, en que uno está situado entre la deslumbrante luz de la vida y el negror de la tumba— mis días pasaron a ser piezas de museo. Entonces dejé de encastillarme en ellas.

Sólo me quedaba poner la cabeza en el tajo. Cuando se pierden las reservas de candor que todos poseemos en mayor o menor grado, los paliativos se van al barril. Una mañana contemplé espantado al cartero que se llevaba la cama, la bañadera y el escudo. Le supliqué que me llevase también a mí, pero me contestó con suma ironía que yo iría en otro carro que pasaría a recogerme en el momento de mi infortunio.

VIRGILIO PIÑERA

KUBLAI KHAN, COLERIDGE Y BORGES

En una de sus *Otras inquisiciones*, Borges comenta las extrañas circunstancias de la génesis del inacabado poema de Coleridge, *Kublai Khan*. Recordaré primero, para comodidad del lector, lo esencial de ese comentario. Coleridge nos cuenta cómo, estando dormido después de leer en un pasaje de Purchas la descripción de un palacio edificado por Kublai Khan, soñó con el palacio y oyó al mismo tiempo los versos de un poema: el *Kublai Khan*. Al principio de ese poema, recordado y transcrito al despertar¹. Para bien, Rashid-ed-Din, historiador persa del siglo XIV, en un

¹ Véase Coleridge, *The complete poetical works*, ed. Ernest Hartley Coleridge, t. I, 1912, pág. 295.

texto que no se conoció en Occidente sino muchos años después de la publicación del poema de Coleridge, refiere —según Borges— que Kublai Khan edificó el palacio después de haber visto su plan en un sueño. Para explicar la asombrosa repetición se puede pensar en una superchería de Coleridge, suponiendo —muy arbitrariamente— que conocía por alguna vía insospechada el texto de Rashid-ed-Din; también se puede alegar la pura coincidencia; por fin se puede pensar que los hechos referidos manifiestan, más allá de la voluntad de Kublai Khan y Coleridge, algún plan sobrenatural: ese plan incluiría, con intervalos enormes de tiempo y lugar y mediante una serie de sueños, la creación de formas sucesivas del mismo objeto, palacio en China, poema en Inglaterra, y quién sabe qué otras cosas en tiempos futuros y lugares imprevisibles, sin que hasta ahora sepamos qué fin responde esa sucesión. A esa hipótesis tiende todo el comentario de Borges. Por supuesto, no menciona esta otra: podría ser del todo apócrifo el texto de Rashid-ed-Din, y haberlo inventado el mismo Borges para comentarlo. Con vergüenza confieso que no se me ocurrió tal posibilidad hasta que me la sugirió un interlocutor que había oído hablar de citas inventadas alguna vez por Borges con mucha más vergüenza que habiéndome dejado contagiar por esa duda, averigué después que no era fundada, por lo menos en cuanto se refiere a la sinceridad de Borges.

En una nota del artículo, Borges menciona la obra de John Livingston Lowes sobre Coleridge, *The Road to Xanadu*¹. Allí se encuentra, en efecto, la cita de Rashid-ed-Din, en inglés: "On the eastern side of that city² a *karsi* or palace was built called Langus after a plan which the Khan had seen in a dream and retained in his memory". El autor subraya, sin buscarle explicación, la maravillosa coincidencia de la historia del palacio con la del poema. Menos sobrio que Borges, observa, además, que según el texto de Rashid-ed-Din, las fundaciones del palacio de Kublai Khan se hicieron en un lago, aprisionando sus aguas con piedras, madera y metales fundidos, y que con el tiempo el agua volvió a abrirse entre las piedras y produjo fuentes, lo cual concuerda curiosamente con la visión de aguas y abismos que rodean el palacio en el poema

¹ Publicado en Londres; el prólogo lleva la fecha de 1927; la cita de Rashid-ed-Din, está en la página 358, nota.

² La ciudad de Xanadu o Shang-tu (también llamada Kaipingfu), segunda capital de Kublai Khan.

de Coleridge¹. La información del autor inglés procede, sin duda, de la obra de Sir Henry Yule, *Cathay and the Way thither*², recordación de textos de viajeros medievales traducidos al inglés; allí figuran trozos de Rashid-ed-Din, entre ellos el pasaje que nos interesa³, tal como lo acabamos de citar; y el editor ya observa —por primera vez, según parece— la sorprendente semejanza del caso de Coleridge con el de Kublai Khan⁴. Siguiendo a Yule, los escritores de idioma inglés han reproducido varias veces esa traducción del pasaje: así hacen en 1875 S. W. Bushell, en sus *Notes on the Mongolian capital of Shangtu*⁵ y en 1925 Lawrence Impey, en su artículo sobre *Shangtu, the summer capital of Kublai Khan*⁶. Lo malo es que Sir Henry Yule traducía al inglés no el texto original persa, sino dos traducciones francesas, dando —según dice— la preferencia en cada caso a la que le parecía ofrecer mejor sentido⁷. En este caso siguió la *Description de la Chine sous le règne de la dynastie mongole, traduite du persan et accompagnée de notes*, de Klaproth, en la cual se lee: "Du côté oriental de cette ville on construisit un *karsi* ou palais appelé Leng tin que le kaân avait vu en songe et dont il avait retenu le plan"⁸. Pero el mismo pasaje es muy distinto en la otra fuente utilizada por Yule, la *Histoire des Mongols* del barón Constantin Mouradgée d'Ohsson⁹. Yule conoce esta interpretación divergente¹⁰, pero prefiere la otra. Dice d'Ohsson: "Coubilaï s'était

¹ "The shadow of the dome of pleasure/Floated midway of the waves, / Where was heard the mingled measure / From the fountain and the caves...". De fuentes y corrientes, sin embargo, ya se habla en el texto de Purcha, origen del sueño de Coleridge; además, las aguas del poema, de corriente violenta y rumbo vertiginoso, forman un cuadro muy distinto del del lago encerrado de Rashid-ed-Din. Pero siempre se ha admitido alguna inexactitud en la visión sobrenatural.

² Londres, 2 vol., 1886. Hay una reedición de Henri Cordier, en 4 vol., Londres, 1916, por la cual cito.

³ T. III, pág. 117.

⁴ T. II, pág. 227, n. 1.

⁵ *Journal of the Royal Asiatic Society*, new series, 7, pág. 334.

⁶ *Geographical Review* (Nueva York), t. XV, 1925, pág. 591.

⁷ Véase *Cathay*... t. III, pág. 107.

⁸ En el *Nouveau Journal Asiatique*, 1833 (serie II, t. XI pág. 349). Klaproth sigue y exagera en este lugar, aunque criticándola, otra traducción anterior, de von Hammer, publicada en el *Bulletin de la Société de Géographie*, núm. 98, junio de 1831, pág. 269.

⁹ Esa obra contiene traducciones de Rashid-ed-Din en la última parte del t. II, Haya, Amsterdam, 1834; nuestro texto está en la pág. 636.

¹⁰ *Cathay*... t. III, p. 117, n. 4. Igual alusión en Bushell, loc. cit.

fait bâtir, à l'est de Cai-ping-fou, un palais nommé Lengten; mais la suite d'un songe il l'abandonna". El famoso palacio, cuya edificación se describe después, es otro, que Kublai Khan mandó construir después de dejar el Lengten. Según esta nueva versión, el sueño no prefigura ningún edificio; sólo impone, supongo que con algún presagio funesto, el abandono de uno y, muy indirectamente, la erección de otro.

De esas dos versiones ¿cuál elegir? Muy ignorante del persa sometí el pasaje original del *Djami-el-Tevarikh* de Fadl Allah Rashid-Ed-Din, en la edición de Blochet¹, a varios conocedores de ese idioma, todos muy amables y algo perplejos. El resultado de esas consultas, del todo favorable a d'Ohsson, es el siguiente: después de mencionar la edificación del palacio Lengten, el texto habla de un sueño que hizo el Khan por la noche; luego viene una expresión, en verdad inusual, cuyo único sentido aceptable es, sin embargo, que a consecuencia del sueño el Emperador abandonó Lengten; la idea (de un plano soñado y conservado en la memoria no se deja ni vislumbrar en el texto². El error de Klapproth se considera inexplicable —a no ser que se lo haya inspirado alguna divinidad de las letras, lectora de Coleridge, con el fin de preparar materia para el futuro Borges. Para colmo, tampoco es segura la historia del palacio edificado sobre las aguas de un lago; esa versión, adoptada por Yule, se debe esta vez a d'Ohsson: en cambio, Klapproth³ sólo habla de praderas que hubo que desecar. Confieso no haber averiguado cuál de las dos versiones es más probable.

¹ Leyden y Londres, 1911; es el volumen XVIII, 2 de la *E. J. W. Gibb Memorial Series*; sólo traduce, de la monumental *Historia General del Mundo* de Rashid-Ed-Din, la parte que corresponde a los sucesores de Gengis Khan, entre ellos Kublai-Khan; nuestro pasaje está en la pág. 464.

² La expresión discutida consta de dos palabras, *tark giriftab*, que significa literalmente "abandono tomar"; esa expresión, que se juzga poco normal, está sin embargo en el *Dictionary persian-arabish-and english* de Francis-Johnson (Londres (1852), que la traduce por el inglés "to take leave"; la ignora el *Dictionnaire persan-français* de J. J. P. Desmairons (4 vol., Roma 1908-1916), pero, como Johnson, traduce las dos palabras, cada una en su lugar, respectivamente por "abandon" y por "prendre", "commencer", "entreprendre", etc. El texto, después de mencionar el Langten y el sueño, habla indiscutiblemente de otro edificio, lo cual corrobora la versión del palacio abandonado. No se debe la divergencia de traducciones a variantes del texto original: Klapproth, en ese lugar, reproduce su texto, en letra árabe; no difiere de Blochet, sobre el cual se hicieron las consultas que acabamos de resumir. Quiero agradecer aquí la gentileza con que acogieron y contestaron mis preguntas los señores Rodinson e Ikowski, de la Biblioteca Nacional de París y el señor Gilbert Lazard.

³ Sigue en este punto a von Hammer.

Queda, pues, disipado como engaño de traductores el cuento del palacio erigido según instrucciones del sueño, y con él la maravillosa repetición en la génesis del palacio chino y del poema inglés que lo celebra. Los hechos, bajo su nueva forma, sugieren posiblemente una continuación en el futuro, pero muy distinta de la que prevé Borges. La nueva serie abarcará sueños pero tan heterogéneos como el de Kublai Khan y el de Coleridge, y mezclados con obras de la vigilia, como fué el celebrado palacio de Shangtu. Así como se borró desde el principio el olvidado Lengten, se borrará también en el curso de esta serie el segundo y famoso palacio y hasta Kublai Khan mismo, y aparecerán en ella otras personas y otros objetos. Será una muestra regular del universo, comprendida en su causalidad —o su desorden— general.

Claro está que ya no habrá maravilla ninguna, por la sencilla razón de que no la hubo desde el principio. Sin embargo, ¿qué nos impide seguir suponiendo, detrás de apariencias triviales, un gobierno secreto de las cosas? Sólo por costumbre o por pereza hacemos depender tal hipótesis de la comprobación de hechos raros y filosóficamente espectaculares, como los que suponen anulados el tiempo y el espacio, los límites del sueño y la vigilia, la impenetrabilidad del yo. Por el contrario, donde no está solicitado el asombro vulgar, es donde cabe atribuir a la divinidad pensamientos más secretos y sutiles. Si existen tales pensamientos, ya es otro problema. Son frecuentes en la dialéctica de Borges esas conjeturas insólitas, que por fin sirven sólo para estimular la duda y la modestia. El mismo caso de Kublai Khan-Coleridge, tal como lo cuenta, nos deja a medio camino entre la admiración y la perplejidad, pues no sabemos qué significado secreto tienen las cosas que admiramos, y podemos temer que no tengan ninguno. La versión rectificadora, con menos ambigüedad y menos encanto, va más lejos: sólo nos permite ese asombro que nace en cualquier momento de la insignificancia de los hechos, y que en cualquier momento se siente superfluo.

Maravillarse de veras es apetecer absurdamente en este mundo cosas que le sean extrañas. Nada es maravilla, porque de nada podemos asegurar que contradice el resto del universo. Nuestra condición es asombrarnos, sabiendo que no cabe en el mundo nuestro asombro. Esa enseñanza no la doy por mía. Se la debo al mismo Borges, cuya obra exalta y multiplica con magnificencia la extrañeza, y secretamente la refuta.

PAUL BÉNICHOU